

DIES IRAE

La luz se filtraba tenuemente a través de la ventana, abierta de par en par, mientras la “sinfonía” producida por los gritos matutinos de su madre lo despertaba de su profundo letargo. Sus pisadas aceleradas y su inminente llegada a su *cubicula* hicieron que reaccionase y se incorporase velozmente del *lectus*, que había quedado un tanto maltrecho tras saltar sobre él la noche anterior junto a sus hermanos. Mientras la madre hacía la ronda por todas las estancias de la *domus*, él aprovechó ese intervalo para vestirse y asearse. Se miró al espejo y supo que le esperaba una jornada muy ajetreada. Entonces, su madre irrumpió precipitadamente en su *cubicula* y lo instó a prepararse para salir en compañía de su padre al foro. Después de un frugal *ientaculum* y habiendo realizado los actos correspondientes a la *salutatio*, su padre, un ilustre *legatus* recientemente trasladado a la colonia de *Clunia Sulpicia*, cogió a su hijo de la mano y lo arrastró a la calle a través del *atrium*.

Recorrieron dos calles y bordearon la plaza, zigzagueando entre la multitud, que, como ellos, había iniciado la jornada. Marco veía hombres atareados fundiéndose en un constante ir y venir de togas, llamados por el deber. Estaban encarando la amplia calle que desembocaba en el foro cuando su padre se arrodilló frente a él y, con gesto grave, le dirigió las siguientes palabras: *“Hoy es un día muy importante para ti, hijo mío, pues comienza tu tirocinium fori. Estoy convencido de que llegarás a ser un gran orador y que algún día te convertirás en alguien mucho más importante que yo. Lo que espero de ti es que no te separes de mí en ningún momento y observes muy atentamente cómo funcionan las cosas, pues la vida de un legatus no es nada fácil”*. Marco, concentrado en el mensaje de su padre, se limitó a asentir firmemente. Acto seguido, atravesaron la avenida y entraron en el foro por el sudeste. Se encontraban en una gran plaza rectangular flanqueada por corredores porticados rematados por columnas donde se asentaban los puestos de alquiler de los comerciantes, las *tabernae*. Coronando el lugar, una solemne construcción encaramada sobre una plataforma donde se rendía culto al *deus pater*, Júpiter. Cerraba el foro un edificio que quedaba a sus espaldas tras haber entrado por el lado sudeste y que las gentes conocían como basílica. Y era allí a donde su padre se encaminaba, donde se había organizado un pleito a punto de empezar. La basílica era un monumental pabellón que cubría todo el lado sur del foro y que siempre había impresionado sobremanera al joven Marco. Ese día tendría la grandiosa oportunidad de presenciar la celebración de un pleito en directo y contando con su padre como el *legatus* responsable de todo el acto. Cuando atravesaron la entrada, se respiraba un ambiente de tensión. Ya estaba todo dispuesto y los asistentes aguardaban impacientes intercambiando diálogos y risillas nerviosas a lo largo de toda la colosal estancia. Las miradas expectantes se posaron sobre la majestuosa e impertérrita figura de su padre, que dirigía sus pasos hacia la *exedra*, ábside

semicircular destinado a albergar a los cargos más influyentes. Su padre le indicó con el dedo que tomara asiento en el espacio destinado al pueblo, desde donde presenciara el juicio admirando el buen proceder del nuevo *legatus*, que era objeto de debate entre la población de la zona. Una vez que el *legatus* tomó asiento, la ceremonia dio inicio.

Se juzgaba a un hombre que había robado abundante comida de un banquete festejado por un rico patricio de la colonia. El acusado alegaba en su defensa que lo que había hecho contaba con el respaldo de los dioses, pues solo quería alimentar a sus hermanos pequeños. El hombre mostró una actitud desafiante en todo momento con el padre de Marco, a quien recriminaba no ser honesto. Según se desarrollaba el juicio, el ambiente se iba acalorando y el *legatus* no conseguía llegar a un veredicto definitivo. Tras una intervención arrogante por parte del ladrón, su padre lo rebatió de este modo:

- *“Dices, oh, Lucio Antonio, haber delinquido en nombre de la justicia divina. Pues no puede haber propósito más noble que el dar de comer a tus hambrientos hermanos, pero ¿no se puede lograr esto a través de métodos más dignos y honrados?”*

- *“La dignidad y la honra hace tiempo que ya las perdí, pero sepa que el amor por los únicos seres que me quedan en esta vida no, señor. Y en mi defensa diré que robé al rico para dárselo al pobre. No creo que por mi intromisión este caballero esté padeciendo males con la comida, pues no anda precisamente necesitado de ella. Además, también os digo que mucho habláis de justicia y honra, cuando estáis ahí sentado a costa de la vida de otro. Pues yo soy Lucio Antonio Ultor y me presento ante ustedes como el primogénito de Gayo Antonio Escauro, el mismo hombre que fue envenenado por el legatus que tienen presidiendo esta exedra.*

- *“¿Cómo te atreves, insolente? No puedes probar mi culpabilidad, pues nunca hice aquello de lo que me acusas”.*

- *“Mis palabras son verdaderas, como verdadero es el favor que tengo de los dioses. Y si he acabado cometiendo este acto tan impuro, es a causa de la usurpación que hicisteis sobre el anterior legatus, mi amado padre. Las penurias por las que ha pasado mi familia tras su asesinato provienen de este traidor. Para probarlo, os llamo ante la mismísima imagen del deus pater. Los dioses determinarán hoy de qué lado está la Justicia. ¡El verdugo se convierte en víctima!*

- *“Acepto el desafío. Sepan ustedes que tengo la conciencia tranquila, pues sé que soy inocente”.*

Marco quedó fulminado en su asiento. Desde allí contempló atónito la caída de su padre, que quería transmitir una sensación de falsa seguridad. La asistencia se puso en marcha y enseguida se organizó una comitiva hacia el templo del foro. Su padre encabezaba esa comitiva, arrastrando su recién desmejorada reputación tras de sí como una pesada losa que oprime el alma. Pasara lo que pasase, las cosas no volverían a ser iguales: tal vez lo desterraran o algo peor. Marco presentía que su padre era un asesino, aunque le costara creerlo. El testimonio de ese hombre parecía sincero. Su padre había sido descubierto y ahora iba a pagar el precio correspondiente.

Cruzaron el foro bajo las inquisidoras miradas de comerciantes, transeúntes y sacerdotes. Un pequeño grupo, entre el cual se hallaba la víctima y verdugo de su padre, escoltó al *legatus* dentro del templo. Transcurrieron unos minutos que se hicieron eternos debido a la tensa e incierta espera. Finalmente, el reducido séquito salió al exterior. La gente aguardaba inquieta el resultado de la sentencia dictada por los dioses. El rostro del *legatus* no auguraba nada bueno. Palpitaciones desbocadas, respiraciones entrecortadas y gotas de sudor frío emanaban de todos los cuerpos, creando un velo de suspense e intriga que envolvía la atmósfera del foro. El padre de Marco dio un paso adelante, dejando tras de sí a los testigos del juicio divino. Se irguió en toda su estatura y abrió los brazos en cruz. Los hombres que permanecían a sus espaldas se llevaron la mano a la toga y de ellas sacaron afilados puñales como agujijones de avispa. Los agujijones perforaron la espalda del *legatus*, que cerró los ojos buscando un último instante de paz y redención. Brotó un reguero de sangre por su boca, que como vino rosado inundó el suelo del exterior del templo y de la plaza. Marco, que seguía desconcertado dentro de la basílica, se ahorró el vilipendio público. Los asesinos de su padre habían presenciado la sentencia del *deus pater*, que había ordenado que el *legatus* fuera castigado y pagara el precio de su traición, y con ello habían vengado la ignominiosa muerte del anterior *legatus*, padre del ladrón.

Unos ganan, otros pierden. Si llegas alto, asegúrate de que lo haces por el buen camino. "El camino del hombre recto está por todos lados rodeado por las injusticias de los egoístas y la tiranía de los hombres malos". El verdugo se convierte en víctima. Los dioses hacen Justicia. El justo vence sobre el corrupto: DIES IRAE.